

CRONICAS

Los documentos que aquí publicamos, así como aquellos publicados en el número anterior de AMAZONIA PERUANA, han sido proporcionados gentilmente por Julián Heras O.F.M., (Convento Santa Rosa de Ocopa, Junín, Perú), quien realizó también la transcripción de los mismos.

RELACION HECHA A NUESTRO REVERENDISIMO PADRE FRAY FELIX DE COMO, LECTOR JUBILADO, PREDICADOR DE SU MAJESTAD, PADRE PERPETUO DE LAS SANTAS PROVINCIAS DE MILAN Y DOCE APOSTOLES DE LIMA Y COMISARIO GENERAL DE TODAS LAS DEL PERU, DE LA ENTRADA Y SUCESOS A LAS SANTAS CONVERSIONES DE SAN FRANCISCO SOLANO EN LOS GENTILES CONIBOS HECHA POR EL PADRE PREDICADOR FRAY FRANCISCO DE LA HUERTA, PRESIDENTE DE DICHAS SANTAS CONVERSIONES. AÑO DEL SEÑOR DE 1686.

AGOF: XI/39, fol. 171-178.

Por muchos títulos me hallo precisado a noticiar a VRma. de todo lo acaecido en la prosecución de nuestro viaje, así por no haberle participado ningún aviso después que aparté de su presencia como por la obligación en que fue servido de ocuparme; y para cumplir con ella y el fuero de mi conciencia haré extensa relación de todo lo sucedido sin que falte ápice que deje de ponderar; si no fuere en todo lo calamitoso de que no se puede dar ejemplar ni ponderación alguna.

Día del altísimo misterioso de la Santísima Trinidad nueve de junio salimos del pueblo de la Concepción de Jauja para el de San Antonio de Andamarca donde fue preciso hacer pausa por ser el último paraje en que se coje el avío necesario, como se hizo, hasta trece de julio; comúnmente se camina en seis días y por haber sido muy rigurosas las aguas (aunque en verano) estaban tan intransitables y áspero los caminos que los juzgamos imposibles, en tanta manera, que temeroso el arriero de la pérdida de sus mulas con sola la experiencia de una jornada se resolvió a dejar las cargas en aquel desierto, hasta que a instancias del Capitán Francisco de la Fuente

que le dio a entender la obligación que tenía, pasó adelante con indecibles trabajos, y por esta causa nos fue forzoso tardar diez y siete días hasta San Buenaventura, dejando en el camino muchas cargas, y de el vestimento lo más perdido y podrido después de tantos fletes, y aun hasta hoy hay en el camino cargas.

En este pueblo al tercero día de nuestra llegada tuvimos todos un pesar gravísimo por el accidente que sobrevino al Padre Predicador Fr. Rodrigo Bazavil de un violento dolor de costado de que creíamos moría por la aceleración tan grande con que le arrebató, por cuya falta (así en la ejemplaridad comp en los documentos) quedé con indecible sentimiento considerándome sin su ayuda y de verme con este ahogo dispuso la divina providencia que el Capitán D. Juan de Huerta, el Capitán Francisco de la Fuente y el Capitán Francisco de Rojas Guzmán me presentasen un escrito en forma de petición, que me pedían de motu propio convenir al servicio de ambas Majestades y de esta santa obra, no habiendo de entrar el P. Predicador Fr. Rodrigo Bazavil por la gravedad de su achaque, entrase en interin en mi compañía el P. Predicador Fr. Manuel de Biedma; con el cual escrito junté a todos los religiosos de mi obediencia y haciéndoles saberlo en el contenido hallé que a mi tocaba no debía proveerlo, sino que lo hiciese saber al dicho P. Predicador Fr. Manuel de Biedma para que respondiese a él, cuya respuesta fue según y como debía a nuestras leyes. Todo lo cual se le hizo saber al P. Predicador y Presidente Fr. José de Ribera por un propio que se le hizo, como todo constá de los autores que para ello se hicieron; y tratando de proseguir el viaje a la embarcación delante de todos los religiosos así de los que van en mi compañía como de los que estaban en la del P. Predicador Fr. Manuel de Biedma, y en presencia del Hermano Juan de Navarrete le insinué a dicho P. Predicador Fr. Manuel de Biedma me hiciese llamar a los balseros o que me dijese dónde estaban para prevenirles el viaje; a que me respondió que no sabía de tales balseros, ni que los hubiese nunca, y que si venía informado de que los había era engaño y que pues estaba el Hermano presente, los nombrase y dijese si el año pasado cuando se embarcó río abajo a reconocer el gentío fue alguno con él; a todo lo cual no dio respuesta. Sin embargo, el día trece de agosto salimos para nuestra embarcación, a Sonomoro un paraje yermo sin tener más que dos ramadas de tiempos antiguos.

El día catorce salimos para el de la Asunción, paraje más áspero que el antecedente sin más refugio que el del cielo; montaña cerrada y tan desnuda de frutas que ni aun para las mulas se hallaban pastos.

El día quince por la mañana después de haber dicho Misa de la Asunción de la Santísimo Virgen salimos para la chácara de un indio gentil llamado Matali que vive solo con su familia junto al río Pangoa.

El día diez y seis no hicimos jornada por ir las mulas tan fatigadas con la aspereza del camino que casi no pudieron pasar adelante.

El día diez y siete proseguimos en compañía del mismo indio para que nos pasase la balsa del dicho río de Pangoa, lo cual aun no quiso hacer y nos

hubo de pasar el Hermano Pedro Laureano, de donde llegamos a la casa de otro indio gentil llamado Chumonte que vive con su familia.

El día diez y ocho salimos de este paraje para la playa del dicho río Pangoa donde no se halló más abrigo que estar a la inclemencia del cielo.

El día diez y nueve salimos de dicha playa para nuestro puerto de el río Perené día de el glorioso San Luis Obispo, en cuya reverencia le pusimos el nombre de San Luis de Perené.

El día veinte se empezó a disponer la embarcación o balsa en que habíamos de navegar para cuyo efecto estaban dispuestos los palos por haberse prevenido desde San Buenaventura, enviando para este fin al Hermano Fr. Pedro Alvarez con dos de los soldados y poniendo por obra el hacer dichas balsas o embarcaciones se ocuparon cinco días, con que el día de el glorioso Apóstol San Bartolomé teníamos dispuesto embarcarnos todos en prosecución de nuestro intento y habiéndose cargado tres balsas grandes y una pequeña por no haberse podido hacer más y juntamente no haber balseros que las pudiesen gobernar porque apenas entre todos había quien supiese gobernarlas dichas balsas ni menos cabían las cargas que teníamos puestas en el puerto, pues después de cargadas se quedaban más de la mitad; y reconociendo el daño que se seguía de quedarse tanto perdido y la mitad de los soldados por no caber más en las balsas referidas, tomé resolución de juntar a los religiosos y capitanes para hacer lo que más conviniese, porque todos los medios que pudieran conducirnos a la brevedad eran contrarios; resolví pues salir el día veinticinco, día de el glorioso San Luis, Rey de Francia, nuestro hermano, llevando en mi compañía al P. Predicador Fr. Manuel de Biedma, al Hermano Fr. Pedro Alvarez, religioso lego, al Hermano Pedro Laureano, donado, por entender del gobierno de balsas, pidiéndole juntamente al Capitán D. Juan de Huerta, Cabo y Gobernador de los soldados nos diese para nuestro resguardo de la gente de su escuadra al Capitán Francisco de la Fuente, al Capitán Francisco de Rojas Guzmán, al Capitán Bartolomé de Beraún, a Juan Alvarez González, dos negros del Capitán Francisco de la Fuente y el indio intérprete de los patanaguas. Con el mantenimiento necesario, un ornamento y algunas herramientas, nos embarcamos en dos balsas con esperanza de la noticia que el Hermano Juan de Navarrete nos dio de que a cinco días de navegación habitaba con otros muchos un indio cristiano llamado Domingo, quien nos daría gente y canoas para volver por la gente y cargas que quedaban, y fue común acuerdo de que saliésemos los arriba referidos a buscarla para reforzarnos con su ayuda.

En fe de esta noticia resolví que así el Capitán y Gobernador como los demás restantes aguardasen en aquel Puerto de Perené hasta que vieses letra mía, a lo cual me replicó no convenía a su crédito quedar en este sitio, si no era pasar con nosotros, y como no fuese posible porque los soldados habían de quedar con cabo que los gobernase y de ir ellos eran necesarias otras dos o tres balsas; dejé en poder de el dicho cabo un escrito en que decía convenir se quedase allí con su gente para custodia nuestra,

dejándoles también para su consuelo espiritual al P. Predicador Fr. Antonio Vital.

Hasta aquí Reverendísimo Padre nuestro tenía escrito a VRma. y me fue forzoso omitirlo por algunos motivos hasta mejor ocasión.

A veinticinco de agosto de mil seiscientos y ochenta y seis, día del glorioso San Luis Rey de Francia, como a las dos del día fue la divina Majestad servida que diésemos principio a nuestro viaje en la forma referida y a las dos horas de nuestra navegación entramos en el río Ene muy vistoso por lo frondoso de sus arboledas, abundancia de peces, espacioso en sus playas y diversidad de ríos que le entran; no vimos cosa especial de nuestro intento que poder notar en este día; sino fue que habiéndonos desembarcado a las riberas del dicho río como a las cinco de la tarde, y enviado la gente por leña, descubrieron una chácara grande del sustento ordinario de los infieles como yucas, plátanos y piñas de que cogieron lo necesario para que todos comiésemos; señales evidentes de gentío que habitaba muy cercano.

El día veintiséis, segundo de nuestra navegación notamos algunos ranchos de pesquería en las playas y como a las dos de la tarde reconocimos una balsa que nos venía siguiendo a una vista con tres indios; y esperándolos por ver si nos buscaban, advertimos que también ellos paraban; y aunque por señas los llamamos para que se acercasen, no quisieron, ni se valían del paso franco que les dejamos para que pasasen; antes sí saltó uno de ellos a tierra y con toda aceleración por entre el monte se acercó hasta término de reconocernos, y luego que lo hubo hecho, retrocedió con mayor velocidad a su balsa de donde sacó con toda prisa su arco y flechas, volviendo para nosotros aunque más despacio y presumiendo alguna cautela en ellos, nos hicimos a una vuelta del río y en su playa vimos un indio, el cual dejando una vasija que llevaba, se metió en el monte, y siguiéndole por el rastro el Capitán Bartolomé de Beraún, Juan Alvarez, Alonso el intérprete y un negro en tramos con las armas en las manos, dejando los demás en custodia, y caminamos hasta una cuadra del monte, donde estaban dos casas con ropa, herramientas, comida y demás alhajas sin persona alguna, de donde sospechamos haberse ocultado temerosos, y conociendo que los tres indios se metieron al monte con sus armas, nos volvimos a las balsas, sin que se les llegase a la menor de las alhajas y comidas. Prosiguiendo nuestro viaje donde a poco tiempo nos hallamos con los indios que seguían como acechando hasta las corrientes de un famoso raudal en que fue necesario se propasase una de nuestras balsas, quedando la otra pasándole con gran trabajo; en este tiempo, por otro lado distante, pasaron los indios y acercándose a la primera balsa, habiéndoles llamado, respondieron que iban por plátanos para los Padres (según me refirió Juan Alvarez que sabía algunos términos de la lengua campa) y luego que hubieron pasado, comenzaron a dar grandes voces llamando a otros que tenían su habitación allí cerca y esto se confirmó porque continuamente salió un indio en una canoa y luego que nos hubo reconocido, se volvió y metió al monte, señales todas muy sospechosas que nos pusieron en gran recelo.

Al tercero día y veintisiete de agosto después de la navegación de dos o tres horas llegamos a una playa a donde reconocimos rastros y siguiéndolos hallamos seis balsas en el monte, de las cuales cogimos dos palos de que teníamos necesidad para las nuestras y habiéndolas aderezado proseguimos el viaje, por las corrientes de un furioso raudal y como a las diez u once de el día divisamos dos indios que desde una barranca montuosa nos llamaban con unos plátanos, por donde reconocimos ser los que el día antecedente habían pasado y aunque por inquirir algunas noticias solicitamos acercarnos, fue imposible por lo rápido de la corriente en aquella parte que no lo permitía; y lo más cierto por disponerlo así la Altísima providencia (según se reconoció después) porque llevadas del ímpetu veloz que nos arrebataban, se propasaron las balsas más adelante de calidad que se hallaron los indios obligados a bajar alguna distancia más abajo; al uno de estos dos que hacía cabeza habló el P. Predicador Fr. Manuel de Biedma en su idioma, y le preguntó si había más gente y respondió que no, ofreciendo su casa, y fueron a ella por bastimentos que los tenía y como le hubiese respondido que no buscábamos eso, sino el bien de sus almas, dándoles a conocer la fe santísima de Dios, que si la querían bajasen con todos los que pudiesen al pueblo de los Conibos, donde los aguardábamos y dándoles por último algunas agujas y cascabeles, o ya movidos del interés, u otro motivo, dijo aguardásemos un poco, llamaría su gente (haciendo dicho no la tenía) y a breve rato salieron catorce indios de guerra con arcos y flechas y de verlos casi asustados, llenos de turbación y que había indio que levantaba las manos de la camiseta como disponiéndose a guerra, conocimos su traición, atendiéndolos con más vigilancia de la que comúnmente se tenía, aprestadas las armas nos despedimos de ellos con el recelo que se deja entender. Estos indios habitan las márgenes del río Puieni, que desemboca a nuestro Ene a la mano derecha río abajo donde asisten los Piros, con algunos campos con quienes tienen comercio.

Miércoles veinticuatro y cuarto de nuestro viaje, día del glorioso San Agustín, en cuya reverencia le pusimos su nombre a una isla donde hicimos noche; después de haber celebrado el santo sacrificio de la Misa y todos los compañeros recibido la sagrada Comunión, descubrimos río arriba cuanto alcanzaba la vista que venían algunas embarcaciones, sin poder reconocer su número, porque bajaban de un raudal unas en pos de otras, y al reconocernos que estábamos frente a frente se hicieron a un lado hacia la boca del río Maiapo, muy caudaloso y de navegación, que también es de la nación de los piros; quedamos con sospecha que eran los indios de el día antecedente; no vimos otra cosa que notar hasta llegar a una playa a donde hicimos noche, reconociendo en ella huellas de gente y siguiéndolas con la cautela debida, a breves pasos hallamos dos casas, aunque por entonces no habitadas, mas con señales de había poco que las habían dejado, dándonos a entender el intérprete que por allí habían llegado los Conibos, y llevado a sus dueños, como fue cierto por noticias que tuvimos.

El día veintinueve y quinto de nuestro viaje dimos vista al famoso río Taraba; aquí pierde su nombre el río Ene y así mismo el famoso Taraba, porque unidos ambos corren sus aguas al norte con el nombre de el Gran

Paro, que a la verdad se le debe el título de grande porque la hermosura de su grandeza, apacibilidad de sus corrientes, multitud de peces, lo ameno y vistoso de sus márgenes, juzgo no tiene igual en el mundo. Dando gracias al Altísimo, caminábamos gozosos por haber pasado con bien los peligros del río Ene. Referir a VRma. las calamidades que se experimentaron en él por su violencia sin suficiente gobierno en las balzas, bajíos, peñones y empalizadas, fuera empezar a referirlò sin tener términos para su ponderación; y con el cuidado de descubrir el paraje en que habitaba el indio Domingo con la más gente, según noticias que nos dio el Hermano Juan nos arrimamos a la parte señalada, que era a mano izquierda, de donde reconocimos que a la banda contraria venían río abajo algunas canoas, de las cuales se apartaron dos cortando el río para salirnos al encuentro; y aunque venían bogando con toda fuerza no nos pudieron conocer hasta que pasando más adelante por otro brazo nos salió al encuentro a tan corta distancia que pudimos ver estaban desnudos; y advirtiéndolo el cuidado de los bárbaros en seguirnos, caminamos en conserra las dos balsas para cualquier acontecimiento; a este mismo tiempo tocaron los indios una vocina o trompeta de caña convocando a los suyos, con que juzgamos ser la nación de los Comabos por hallarnos en su tierra y verlos desnudos; proseguí de cuidadosos con lo sucedido, y mucho más cuando vimos que bajaban por aquel brazo del río siete canoas llenas de bárbaros desnudos con arcos y flechas; y sin embargo de venir río abajo con mucha corriente, bogaban con tanta fuerza por darnos alcance que parecía nos seguían volando. Visto este peligro y que en el agua no era la mejor defensa con toda diligencia nos hicimos a tierra a una isla y playa grande para mejorarnos de sitio ofreciendo a Dios las vidas para que fuese servido hacer de ellas, con los españoles que nos acompañaban puestos todos en debida forma esperando el combate; a este mismo tiempo saltaron en tierra treinta y cinco indios de guerra, los que poniéndose sus vestiduras vinieron para nosotros, dejando sus armas en las canoas con grandes alaridos, diciendo: **Sanama, Sanama**, que en su idioma es lo mismo que amigos; y de ver a nuestros españoles con las armas prevenidas se detuvieron hasta que enviamos dos intérpretes, el uno de la lengua campa que era el Hermano Pedro Laureano y el otro de la Coniba, que era Alonso, el indio de los Patanaguas, por los cuales conocimos eran Conibos que habían salido a sus malocas a la tierra de los Campas, y por habernos conocido nos venían a buscar; salimos todos a recibirlos con los brazos abiertos y fue tal el gozo de nosotros que no es posible explicarlo, pues en la ocasión aun no supimos entonar el **Te Deum laudamus**, porque las lágrimas eran tantas que sólo nos permitieron incarnos de rodillas a dar al Altísimo Señor las gracias que pudimos que nos permitían los gritos de los bárbaros, que de placer no cabían en sí abrazándonos a todos sin cesar.

Para celebrar mejor el venturoso encuentro les pedimos eligiesen sitio para pasar la noche, que fue bien cerca de allí a otra playa grande acomodándonos en sus canoas y algunos de ellos en nuestras balsas y después de haberlos cortejado con lo que se llevaba, tratamos fuesen algunos al Puerto del Perené por nuestros compañeros y demás cargas, mas no fue posible el ajustarlo por decir no tenían comidas, ser mucha la distancia y haber mucho tiempo que faltaban de sus casas, que pasásemos a su pueblo para que rehaciéndose

de comidas, más gente y armas, volverían al Puerto de Perené, por cuanto el camino todo era de gente de guerra y especialmente nos señalaron el paraje a donde el tercero día nos llamaron con los plátanos asegurándonos era cierto nos querían estos matar juntos con la gente del río Maiapo o Pueni, que son Piros y Campas; y que había como un mes (poco más) habían muerto un religioso corista llamado Francisco, de la Compañía de Jesús, que subió de la Cocama a pasar por nuestras conversiones de San Buenaventura a la ciudad de Lima para ordenarse, juzgando está todo de paz, porque supo que el año pasado de ochenta y cinco habían ido los nuestros a los Conibos y aunque salió acompañado de muchos indios en canoas, de ver que en el camino se detenían en sus malocas por unos y otros ríos (como también lo hicieron de vuelta conmigo) se resolvió a pasar con cuatro indios en una canoa y cerca del río Pueni les salieron al encuentro algunos Piros y Campas llamando al religioso con nombre de amigo y así que saltó en tierra le recibieron a flechazos, matando también dos de los indios que traían, dejando los otros bien heridos; y nos aseguran los unos y los otros que se admiran que hubiésemos pasado, porque oyeron decir a todos los Padres que pasasen por su tierra les quitarían las vidas, y como tardábamos más tiempo del que el año pasado se les señaló, daban por cierto que nos hubiesen muerto y por esto no vinieron por nosotros.

Aquí Rmo. Padre nuestro para que se haga pleno conocimiento de la fiereza de esta gente referiré de paso una noticia que no se le dio a VRma. el año pasado, y es que habiendo pasado de vuelta de los Conibos con dos canoas y siete indios de la misma nación el Hermano Juan de Navarrete, el Hermano Pedro Laureano y Juan Alvarez con sus armas de fuego y los indios sus arcos y flechas, se les antojó solo un indio Piro y les quitó una estófica sin que se atreviesen a defenderla ni hacer demostración alguna, por entender tenían alguna emboscada, con que se confirma ser esta nación valerosa y en gran manera guerreros; pues cuando volvían los Conibos para su pueblo intentaron matarlos tirándolos algunas flechas, que se hubieron de valer de la ligereza de sus canoas para escapar con las vidas, y por esto no vinieron a buscarnos al tiempo que teníamos señalado.

Amaneció el día treinta de la gloriosa Virgen Santa Rosa de Santa María y sexto de nuestra navegación y después de haber celebrado el altísimo sacrificio de la Misa y todos los compañeros recibidō la Sagrada Comunión en hacimiento de gracias, comenzaron nuestros Conibos a poner todas las cargas en sus canoas y en embarcándonos en ellas dando con algaraza el buen viaje a las balsas proseguimos nuestro viaje y juntamente de camino buscando a Domingo, de quien nos dijeron los Conibos no parecía y habiendo llegado a la falda de un monte donde vivía y hecho seña con dos tiros de escopeta y tocando las vocinas, no salió nadie por entonces, y navegando algo más abajo salieron por una ensenada dos indios, el uno Mochobo y el otro Campa, quienes no quisieron admitir el agasajo de unas agujas y cascabeles, y habiendo hablado al Campa en su idioma el P. Predicador Fr. Manuel de Biedma dándole conocimiento de nuestra santa fe y que era para utilidad de sus almas el fin principal de que los buscábamos, respondió con pertinacia herética diciendo que nosotros adorábamos un palo y que su Dios les daba

chácara y de comer; y vuelto a los Conibos les decía que mirasen que los llevábamos engañados para hacerles esclavos; mas reconociendo que el enemigo andaba sembrando cizaña, proseguimos nuestro viaje; después nos dijeron los Conibos que quedaron admirados de ver el sufrimiento nuestro que los habían muerto o cautivado por no darnos disgusto; desde este día hasta el domingo primero de setiembre solo notamos mucho cariño en los Conibos que nos llevaban con grande regalo dándonos de cuanto tenían.

Este día primero de setiembre y octavo de nuestra navegación descubrimos como a las dos o tres de la tarde el río Vinúia, que desemboca a la mano derecha del Paró, y con noticias que nos dieron de algunas familias de los Conibos mezcladas con otras Campas estaban en este río, los fuimos a buscar y a poco más de dos leguas de distancia río arriba llegamos a sus rancherías que eran tres; recibiéronnos con mucho cariño y para mejor insinuar nuestro intento así a los que llamamos como a doce o catorce que vinieron a buscarnos con uno que era cabeza llamado Quibauno, nos quedamos a pasar la noche allí y agasajando a todos (que serían hasta sesenta almas) con lo que llevábamos y persudiéndoles también fuesen como nosotros a los Conibos para que allí los doctrinásemos, respondieron no lo podían hacer por tener allí sus chacaras y que les diésemos ministro, que le recibirían de buena voluntad; dispuse un sitio a las orillas de el Paró, para que le desmontasen y limpiasen para que en él fundásemos un pueblo; y proseguimos nuestro viaje sin tener que notar en él hasta el día de nuestra llegada al pueblo de San Miguel de los Conibos.

A cuatro de setiembre día de nuestra gloriosa hermana Santa Rosa de Viterbo y oncen de nuestro viaje fue nuestro Señor servido llegásemos a dicho Pueblo a poco más de medio día, en cuyo Puerto hallamos todos los indios con las armas en las manos, a usanza de guerra con atambores, rodela, arcos y flechas, pintados todos de negro y colorado tocando sus vocinas con grande gritería de regocijo, a que correspondimos haciéndoles tres salvas con el mismo contento desde nuestras canoas; saltamos en tierra recibiéndonos con los brazos abiertos mostrando por las acciones cuánto se alegraban de vernos en su tierra y puestos en forma de procesión entonando el **Te Deum laudamus** llevando el estandarte real el Capitán Francisco de la Fuente, nos guiaron a la iglesia que tenían hecha los Padres de la Compañía de Jesús de la Cocama, donde en hacimiento de gracias hicimos sufragios al Espíritu Santo, a la Santísima Virgen, al Arcángel San Miguel, Patrón del pueblo (aunque los Padres de la Compañía le tenían puesto San Francisco Javier) y a nuestro Patrón de todas las naciones del Gran Paro San Francisco Solano; de aquí nos llevaron a una casa que tenían prevenida, donde nos han regalado todos y uno a uno con tanta liberalidad que aseguro a VRma. que cualquiera ponderación que hiciera en los agasajos que experimentamos fuera corta, pues en todo el día chicos y grandes no salían de la casa, siguiéndonos a cualquiera parte que íbamos. En correspondencia de las finezas, les hemos regalado con todo lo que teníamos, y en especial a los Curacas, a cada uno un hacha, y otra para que nos diesen una chacara para mejor asegurar el sustento de los religiosos y soldados.

Estos Conibos se conoce ser muy leales, valientes, dóciles, amorosos y muy partidos, lloran muchos días por sus difuntos y los queman y recojen los huesos, y molidos los beben en la chicha; son muy llevados del vicio de la bebida, tienen dos y tres mujeres, y de ordinario andan desnudos y en particular las mujeres que solo usan de unas pampas; de estas usan solo las casadas, porque las que no lo son andan del todo desnudas, no hilan ni tejen ropa, solo se visten de lo que roban; tendrá el pueblo ciento cincuenta indios de tomar armas y en todos, chicos y grandes, hombres y mujeres, habrá ochocientas almas, antes menos que más. Es tierra muy montuosa y baja, muy cálida en extremo, y muy fértil, abundante de comidas, a propósito para sembrar muchas semillas, más de las que tiene, es tierra toda arenisca, llana y pareja, cójese todo el año mucho maíz, yucas, plátanos, maní, papayas; tienen también caña dulce; hay tempestades muy grandes, truenos, rayos; y a las orillas de el Gran Paro hay chilcas, pájarobobo, sauces y de las hierbas medicinales infinitas.

En lo que toca al río son muchas las islas que tienen y muy grandes, que hay isla que tiene en contorno más de treinta leguas, es mucha la abundancia de peces de escama y sin ella como son: sábalos, dorados, meros, corbinas, sollos; hay sin escama otro pescado grande que son bufeos, y otro que semeja al atún; de estos no comen los indios; hay también mucha tortuga, de estas es inmenso el número de huevos que cojen, hay iguanas, caimanes muy grandes, lobos marinos, y otra especie de animales como puercos que son de agua, es buena comida.

En la montaña hay jabalíes, tigres, culebras, víboras, hay mosquitos de día y noche, muchos sancudos; hay pajaros, pavas, papagayos; hay muchos monos y patos reales y otras aves de diversos colores.

Los ríos que tenemos vistos que entran en el Paro y tenemos noticia hay gentío en ellos son los siguientes: por la mano derecha yendo para abajo entre nuestro Ene y a él entran también a mano derecha los ríos Puini y Maiapo; estos los habita la nación de los Piro, gente valerosa, muy suelta y desahogada, grandes tratantes, curiosos en sus ropas, plumas y otros dijes de su uso, como son chaquiras y medias lunas de conchas.

El famoso río Taraba entra a la mano derecha; en este tenemos noticia habitan unas naciones copiosas, que llaman los Comabos y Ruanaguas; desde la boca de este río a un día de navegación a mano derecha, se encuentra con el río de los Comabos; de estos me dió noticia una india de la misma nación que tenían cautiva los Conibos que iban en nuestra compañía y por intérprete me dijo que estaban juntos tantos indios que tenían once curacas, y en frente de estos en el mismo río había más indios y por los dedos de pies y manos me dió a entender eran veinte los curacas. Son de naturaleza feroz y grandes guerreros, comen carne humana y en viendo alguno muy viejo se lo comen porque no sirve.

El río Chupani y otro Unini, son navegables y entran al Paro a la mano izquierda, habitábanles los Mochovos.

Los ríos Poconi, Chonipu y Chupi, Antaguanigua y Taguanigua habitan la nación de los Campas. Estos ríos salen al Paro a la mano derecha abajo. Esta nación es pusilánime y traidora; usan de arco y flecha y viven muy separados unos de otros.

El río Coingua sale a mano derecha de el Paró, río abajo, y habitan las naciones de los Soboibos y algunos Comabos.

El río Vinúa habitan algunas familias de los Conibos, y Campas, todos estos gentiles aunque ocupan diversos sitios no están congregados en uno y si se allegan a alguno, por valeroso no es viviendo juntos sino mientras andan en sus malocas; de donde se reconoce no haber en todas las naciones cabeza especial que los gobierne o a quien obedezcan porque solo se agregan a los más guerreros, y a todos les dan nombre de curacas, y como los señalan por tales dijera de alguno si como gobernador o rey predominara en ellos y es evidente que no le hay, como dicen del Paititi; ni me persuado a ello porque después de inquirir la verdad de esta materia con un curaca tratando el modo de su gobierno, me dijo que como en ninguna parte tenían rey, llamaban curacas a sus cabezas, y esto se confirma con lo que nos dijo un indio gentil que se llama Pusimapai, muy noticioso en todas estas naciones por haber sido cautivo mucho tiempo en estas de los Comabos y en otras; es muy ladino en su idioma con mucho conocimiento de todo el río Paró; este, pues, siendo de nosotros preguntando refirió lo mismo que había dicho la india cautiva de los once Curacas y de los otros veinte, afirmando en que no había sabido en cuantos lugares estuvo que hubiese alguno con nombre de rey o Paititi.

Quisiera Rmo. Padre nuestro que fuese tal la inteligencia de todo esto que se desvelase el reino de una falsa y frívola noticia que tiene esparcida de este Paititi; porque a la verdad tengo hechas con toda cautela extrañas diligencias solo por averiguar la verdad de esto y no tan solamente no he hallado quien lo sepa, sino que generalmente ignoran su nombre en lo que tengo visto; lo que solo se ha reparado es que el gentío que habita el río Paro es muy copioso, mas no están reducidos a población, si no es a distancias de una legua y dos por familias, lo mismo el gentío de los ríos Perené y Ene y comúnmente cuando llegan a congregarse con nombre de pueblo es cuando viven dos o tres familias.

Esto es Rmo. Padre nuestro cuanto he podido saber, conocer por experiencia y solicitud hasta el pueblo de San Miguel de los Conibos donde tenía hecho individual despacho para remitirlo a VRma. con el P. Predicador Fr. Manuel de Biedma, y fue forzoso omitirlo entonces porque por común acuerdo y junta que se hizo de todos fue determinado convenía al servicio de ambas Majestades y desde santa obra saliese yo a la presencia de VRmo. para que mejor le enterara de todo lo acaecido hasta este punto.

Disponiendo la vuelta después de quince días de estada en dicho pueblo, despedidos de nuestros hermanos y compañeros y de los indios que quedaban en el puerto con algazara, me embarqué acompañado del Capitán, Bartolomé de Beraún, Juan Alvarez, Alonso el intérprete, Juan Benítez, negro con veinte

y dos canoas y en ellas sesenta y seis indios de guerra con flecha, rodeles, y macanas, que son las armas de que usan y nosotros con nuestras bocas de fuego. No es ponderable el regocijo con que navegaban llenando todo el río la multitud de gente y a su usanza alegrándose con vocinas, flautas y tambores; hasta los ocho días solo se tuvo que notar una noticia, que al cuarto día de navegación tuve por el intérprete y es que habrá cuarenta años y algo más que llegaron al pueblo de los Conibos dos religiosos de nuestra sagrada orden en una balsa acompañados de dos seculares y dos indios Campas con algunas herramientas y en cosa de dos horas que se detuvieron, los cortejaron con comidas pidiéndoles se quedasen, lo cual no quisieron hacer hasta que volviesen de Quito para adonde pasaban, sin que les atemorizasen haberles dicho que la gente de abajo era muy belicosa y llevaban arriesgadas las vidas; ellos pasaron y después de algunos años supieron los habían muerto los Sipibos; no supieron los nombres de los religiosos por ser estos indios en la ocasión mancebos; de estos viven muchos y venían siete en nuestra compañía, cuyos nombres diré siendo necesario.

El día veintiséis y octavo de nuestra vuelta a las diez u once de el día encontramos en dos balsas que iban para los Conibos al P. Predicador Fr. Antonio Vital, el Hermano Juan de Navarrete, al Capitán D. Juan de Huerta con sus soldados a los diez y ocho días de su navegación; y aunque cuando salí del Puerto de Perené les dejé un escrito en que ordenaba aguardasen en dicho término de veinte o treinta días hasta que enviase por ellos, con algunas canoas y gente no observando esta disposición, a los trece días después que salimos lo hicieron también embarcándose, siendo así que para el tiempo señalado y mucho más les quedaba todo lo necesario en dicho puerto; despidiéndonos de ellos, dímosle cuatro canoas con gente para que los condujesen hasta el pueblo y nosotros proseguimos nuestro viaje.

A los veintinueve de dicho mes día de el glorioso Arcángel San Miguel a poco más de medio día llegamos al río Vinúa, que río abajo entra en el Paro a mano derecha; donde estuvimos el día octavo que pasamos y dejamos dispuesto desmontasen sitio suficiente para fundar un pueblo, como efecto lo estaba haciendo y dejé señalado la parte donde habían de hacer la iglesia, dejando para ello una campana y dos hachas nuevas para cortar madera para la fábrica de la iglesia y casa de vivienda, en señal de posesión colocamos la Santísima Cruz con repique de campanas y salvas de escopetas nombrando por Patrón al glorioso San José y quedaron muy gozosos. Desde este día hasta que entramos al río Ene no hubo que notar otra cosa.

Al segundo día de la entrada de nuestro Ene saltamos en tierra a sestaeear por la fuerza del sol y siguiendo algunos rastros de gente a poco trecho llegaron los indios a unos ranchos de Campas y acercándolos los saquearon cautivando las mujeres con sus hijos y robándoles cuanto tenían.

De estas mujeres dijo la una preguntándole por su marido, que había ido con otros gentiles al río Pueni a esperarlos en emboscada para matarnos y con este conocimiento puestos en cuidado de que estaban muchos, congregados, no quisieron los Conibos pasar por el dicho río, si no es por la mitad del

río Ene, saqueando por unas y otras partes más de cuarenta almas, con cuanto tenían en sus casas, llenando sus canoas de gente y alhajas. Con que les fue preciso volverse a su pueblo, quedando solas seis canoas en nuestra compañía y estas también cargadas de presas, por cuya causa habiendo llegado a nuestro Puerto de San Luis de Perené el domingo doce de octubre y veinticinco de navegación río arriba no quisieron aguardar más tiempo que una noche, despidiéndose de nosotros al día siguiente; siendo altísima Providencia que viniesen en nuestra compañía hasta San Buenaventura dos Conibos llevados del interés de unas herramientas que les prometí por las calamidades tan grandes en que nos ayudaron desde el Puerto de San Luis de Perené hasta el dicho pueblo de San Buenaventura. Aquí hallé al P. Predicador Fr. Rodrigo Bazavil que de resulta del grave accidente estaba padeciendo de unas llagas que le ocupaban de medio cuerpo abajo, con tanta pena que apenas podía moverse a dar un paso; viéndole tan lastimoso, y que no era lugar acomodado para su mejoría y muy temprano para la segunda entrada traté de sacarle y pidiendo mulas para hacerlo, salí de dicho pueblo para el de San Antonio de Andamarca a donde llegamos con muy poca salud y hallé al P. Fr. José de Soto que puesto in vía aguardaba ocasión para buscarnos y le di orden saliese también a la presencia de VRma. para que con el informe que tengo hecho, disponga lo que más fuere del agrado de el Señor y voluntad de VRma., quien me guarde Dios en los mayores acesos (?) que merece.

Andamarca, y noviembre 29 de 1686.
B.L.M. de VRma. su más indigno hijo.
Fr. Francisco de Huerta.